



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Un sesquicentenario olvidado. La expedición de Charles Wilkes en el Pacífico

Autor: Núñez, Estuardo

Forma sugerida de citar: Núñez, E. (1989). Un sesquicentenario olvidado. La expedición de Charles Wilkes en el Pacífico. *Cuadernos Americanos*, 5(17), 47-54.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año III, Núm. 17, (septiembre-octubre de 1989).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

UN SESQUICENTENARIO OLVIDADO: LA EXPEDICION DE CHARLES WILKES EN EL PACIFICO

Por *Estuardo* NUÑEZ
ACADEMIA PERUANA
DE LA LENGUA

EL MARINO Charles Wilkes (1798-1877) dirige en los cinco años que corren de 1838 a 1842 la primera expedición científica norteamericana en el Pacífico y la Antártida, e incluye en su itinerario la descripción de la isla de Madeira y el Brasil, para detenerse luego en la Patagonia y la Tierra del Fuego. Pero su objetivo estuvo principalmente en el Pacífico, dejando dentro de su extenso relato y del informe de observaciones practicadas, su narración de impresiones y el acopio de datos de primera mano sobre las repúblicas de Chile y el Perú, en la costa occidental de América del Sur. Aunque en las instrucciones oficiales recibidas no figuran estas repúblicas, sino únicamente el Brasil y la Patagonia y Tierra del Fuego, su aporte es muy importante en esta parte de la ruta. Su narración de viaje rebasa de esta manera los límites de las instrucciones oficiales impartidas antes de iniciar el viaje. Es explicable así que la parte más extensa de su relato se desenvuelva en el inventario científico de las numerosas islas de la Oceanía, Australia, las Indias Orientales, y sobre todo la Antártida, en donde cumple la misión de explorar y descubrir nuevas tierras. La expedición había sido cuidadosamente organizada para este objeto y dotada de todos los elementos técnicos entonces conocidos.

Mostraba en ese momento intensa preocupación el Gobierno de los Estados Unidos por proteger las rutas de los balleneros y barcos mercantes norteamericanos, que habían ya desplazado a los navegantes ingleses reinantes en esas regiones en época anterior. El Presidente Van Buren y la Secretaría de Marina patrocinaron esta expedición memorable que habría de llenar no sólo el fin político de expansión comercial, sino que además afirmaría el poderío ma-

rítimo de los Estados Unidos, robustecería su prestigio científico en el mundo y contribuiría finalmente a despertar la conciencia de lo universal en los hombres de cultura del norte.

Los viajes norteamericanos habían sido determinados hasta esa época por el esfuerzo individual, ya fuera en la iniciativa o en la realización. Los propios títulos de los relatos publicados nos ofrecen aproximadamente una noción de esta actitud: se titulaban o subtitulaban "diario marítimo" o "vistas" (*views*) o "escenas" (*scenes*) o "bosquejos" o "esbozos" (*sketches*) o "visitas" (*visits*) y muchas de estas narraciones eran asimismo anónimas. El pronunciamiento sobre lo visto o lo experimentado era personal y subjetivo. Advertida seguramente esta deficiencia, propia de una época anterior en que todavía no estaba muy firme la organización cultural o científica de la Unión, vinieron a concretarse los esfuerzos por obtener resultados más objetivos y de rigor científico. En ello se afanaban, al finalizar el primer tercio del siglo XIX, tanto el Gobierno como las instituciones científicas privadas, nacidas del esfuerzo particular. Por ese tiempo (1829) James Smithson lega su gran fortuna para crear una institución ejemplar destinada a estimular, incrementar y difundir los conocimientos científicos entre los hombres. Nace así la Smithsonian Institution que tan perdurable, tesonera y constante obra ha realizado en tal sentido hasta la actualidad; y a su ejemplo y sombra han de nacer asimismo un gran número de Fundaciones consagradas a fines semejantes, en donde la ciencia ha encontrado su refugio y con cuya contribución ha sido posible emprender tareas científicas de vasto alcance mundial, y no sólo nacional o continental.

Esta vez, en 1838, el gobierno de la Unión decidió patrocinar y solventar la gran expedición de Wilkes, a semejanza de otras anteriores que le sirvieron de modelo: la de La Condamine, del gobierno francés, la de Malaspina, del gobierno español, las de Krusenstern y Kotzebne, del gobierno ruso, en 1809 y 1815, las del gobierno austriaco en Brasil, la francesa de Castelnau en Bolivia y el Perú, la inglesa de Darwin, para no mencionar sino las principales y para no hacer referencia a otros empeños científicos más independientes como los de Humboldt y Poeppig, alemanes, Smith y Lowe, ingleses, Boussingault y D'Orbigny, franceses, y muchos más hasta ese momento.

El Presidente y el Congreso de los Estados Unidos designaron para dirigir esa empresa trascendental al Comandante Charles Wilkes que ya tenía desde antes una trayectoria brillante como marino y

como hombre de ciencia. Wilkes (1798-1877) se había enrolado muy joven (1818) en la Armada y había practicado en las rutas del Atlántico y del Mediterráneo en la fragata "Guerrière" y luego igualmente dentro del Pacífico en el barco "Franklin" (1821-1824). Conocía ya todos los mares y, en estadios de especialización en diversos países europeos, se había entrenado en las técnicas científicas de los grandes exploradores. Su capacidad de investigador y sus dotes de organizador y hombre de mando se pusieron a prueba en la delicada misión que le fue encomendada de 1838 a 1842 para reconocer científicamente la América del Sur desde el Atlántico hasta el Pacífico y especialmente las islas del mar del Sur (Paumotu, Samoa, Gales del Sur) y la región antártica, así como las costas y orillas del Pacífico del Asia y de los Estados Unidos. Su descubrimiento máximo lo constituyó sin duda el territorio del Polo Sur, la extensa zona bautizada en su honor con el nombre de "Tierra de Wilkes", en la longitud de Australia.

Coronando su memorable viaje por el Pacífico, que incluyó de regreso las costas de California y Oregon, y en que hizo nuevas escalas en Filipinas, Hawaii y otras islas de la Polinesia y Borneo, atravesó el Mar Indico y bordeando el Cabo de Buena Esperanza, alcanzó Nueva York, en junio de 1842. Años después, intervino activamente y en forma distinguida en la guerra civil de Secesión entre 1861-1863, bombardeando puertos ocupados por los confederados y apresando buques ingleses que protegían a los rebeldes del Sur. Alcanzó, gracias a sus distinguidos servicios y su fama científica, el grado de Almirante en 1863. En 1866 se retiró de la Armada, dejando una bibliografía considerable, pues aparte de los 5 volúmenes y el atlas de su *Narración* de la famosa expedición de 1838-1842, redactó 28 volúmenes con los resultados de la expedición y publicó un tratado de *Hidrografía* (Filadelfia, 1851), otro de *Meteorología* (Filadelfia, 1851), y sus obras *Western America* (California & Oregon, 1849), *Voyage Round The World* (1849) y *Theory of the Winds* (1856).

La expedición memorable de Wilkes zarpó de Norfolk el 18 de agosto de 1838 y sólo habría de volver a su punto de partida 5 años más tarde, a mediados de 1842. La integraban seis buques, el "Vincennes" a cuyo bordo viajaba Wilkes, el "Peacock", el "Porpoise", el transporte "Relief" y dos buques auxiliares. Iban embarcados diversos especialistas y entre ellos, el filólogo Hale, encargado del estudio de las lenguas orientales, dos naturalistas, Ch. Pickering y Peale, un experto en fauna marina, un mineralogista, James D. Dana, un botánico, un horticultor, Brackenridge, y dos

artistas dibujantes. Estuvo designado para esta expedición el teniente Mathew F. Maury, famoso meteorólogo y oceanógrafo, de vasta experiencia y entrenamiento científico en el Pacífico. Pero renunció antes de la partida. Los dibujantes habrían de brindar a la relación del viaje su aporte invaluable con apuntes, maderas, ilustraciones, mapas y esquemas de gran valor objetivo y que constituyen, incluso en la parte peruana y sudamericana, un aporte gráfico de significativo mérito informativo. El primer tomo de la *Narración*¹ está dedicado en gran parte a la América del Sur. Los dos primeros capítulos se ocupan de la escala en la isla de Madeira, los dos siguientes, bastante extensos, sobre el Brasil, luego vienen 4 capítulos para describir Patagonia, Tierra del Fuego y Cabo de Hornos y el extremo sur del continente. Los capítulos IX, X y XI se ocupan extensamente de Chile, y el XII y XIII del Perú. Con anexos y apéndices, solamente la *Narración* de Wilkes comprendió en 5 volúmenes, cerca de 2 500 páginas con observaciones y datos de primera mano que constituyen un aporte invaluable para la ciencia. En América del Sur, tiene más extensión la parte dedicada al Brasil, ya que la estadía fue más larga, de setiembre de 1838 a enero de 1839. La sección de Patagonia y Tierra del Fuego no tuvo la importancia que alcanzó en el *Journal* de Darwin, pocos años antes. La parte de Chile es muy ilustrativa y comprendió desde febrero de 1839 hasta mayo del mismo año. Se esfuerza Wilkes por ofrecer una información completa de las posibilidades económicas de este país. La parte peruana, aunque corta en el lapso dedicado a esta república (apenas un mes, del 30 de junio al 13 de julio de 1839) es bastante precisa y comprensiva. Wilkes aprovecha en esta parte su anterior experiencia del país, adonde había llegado en 1821, en un breve crucero, y encuentra que las condiciones generales y concretas del Perú han mejorado en el tiempo transcurrido desde entonces. Más que la visión de la capital, Lima, que es breve y apresurada, tienen importancia el relato de la excursión a Pachacamac, la cual ofrece margen para la referencia a las antigüedades peruanas, y sobre todo, las impresiones de un viaje al interior que efectúan los naturalistas de la expedición, por Quives, Obrajillo, Canta hasta Pasco y los establecimientos mineros en la zona de Lauricocha, que da ocasión para evaluar la riqueza y posibilidades mi-

¹ Charles Wilkes, *Narrative of the United States Exploring Expedition during the years 1838, 1839, 1840, 1841, 1842*, 5 vols., 11 mapas en atlas, Filadelfia, Lea and Blanchard, 1845; 2a. ed., 5 vols., 13 mapas, Filadelfia, 1850; 3a. ed., 2 vols., 12 mapas, Londres, Ingram, Cooke and Co., 1852.

neras de dicha región. Parece que Wilkes abrevió ese sector de su relato para dejar que otro acompañante suyo, el Teniente John S. Jenkins, escribiera una monografía de esta parte con datos más completos, lo que en efecto se cumplió con la publicación del libro adicional de Jenkins en 1850.² Allí se agregan datos y alguna rectificación al texto de Wilkes, insistiendo en los aspectos económicos, geográficos y sociológicos.

Pero el objetivo predeterminado de Wilkes y sus colaboradores no fue sólo la América del Sur sino sobre todo la zona ribereña del Pacífico, en donde se desenvuelve gran parte de las cien mil millas del recorrido total de la expedición y ocupa la mayor parte del tiempo; esto es, más de 7 años. Allí lo hicieron todo para enriquecer el conocimiento científico y esclarecerlo en bien de la humanidad. Ascendieron picos y volcanes, sondearon bahías, lagos y lagunas, coleccionaron plantas tropicales y subtropicales, probaron minerales, clasificaron y describieron animales, ofrecieron el cuadro general de temperaturas y vientos, precisaron corrientes y características marítimas y agotaron prácticamente la observación de diversos y múltiples fenómenos naturales. La parte más impresionante de la narración radica en la zona más austral, al ingresar a la Antártida, vista ya como objetivo claramente geopolítico. En este punto, las descripciones se nutren de fuerza emotiva, al punto que un comentarista de nuestros días³ afirma que ese cuadro de las heladas tierras, rodeadas por aguas de un verde claro, "parecían pasajes del *Ancient Mariner*" ("as green as emerald"), el célebre poema de Coleridge, el cual había sido inspirado a su vez por los relatos dramáticos de Cook y de otros viajeros ingleses del XVIII. Pasaron los expedicionarios de Wilkes barreras inmensas de hielo, "ascendieron las colinas y plantaron la bandera en su cumbre. Era el 19 de enero de 1840. El Nuevo Mundo había descubierto un mundo más nuevo aún", un verdadero continente desconocido.⁴

² John S. K. Jenkins, *United States exploring expedition. Voyage of the U.S. exploring squadron, commanded by Captain Ch. Wilkes. . . together with explorations and discoveries made by Admiral D'Urville, Captain Ross and others. . .* Auburn, Beardsley and Co., 1852; 2a. ed., Detroit, Kerr, Doughty and Lapham, 1853; 3a. ed., Nueva Orleans, Burnett and Bostwick, 1854.

³ Francis Winwar, *Gigante Americano (Walt Whitman y su obra)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1944, pp. 88 y 89.

⁴ La exploración de Wilkes en el Continente Antártico tuvo dos fases: la primera, al comienzo del viaje, que salió de Tierra del Fuego hacia el S.E., en febrero de 1839. En marzo siguiente tocó la Antártida pasando entre la

No obstante que su descubrimiento de nuevas tierras en la región antártica fue de inmediato cuestionado y aun negado —y sólo se confirmó y corroboró con los hallazgos del explorador inglés Shackleton en 1908-1909—, este relato de Wilkes y las impresionantes páginas de sus recaladas y descubrimientos habrían de producir de inmediato un impacto profundo en la mentalidad de los hombres de cultura de América del Norte. No se sustrajo a él la poesía de Walt Whitman, como lo anotan algunos de sus biógrafos, y como tampoco habría de sustraerse más tarde Mark Twain frente al impacto de las narraciones amazónicas de Herndon y de Gibbon. Herman Melville fue sensible a las impresiones descritas por balleneros y marinos, que nutrieron su imaginación de adolescente, doblemente impulsado primero a la experiencia del viaje y, más tarde, a la creación literaria. Pero la simple sensibilidad y visión personalísima y tal vez un tanto ligera de los viajeros que antecedieron a Wilkes, no habían llegado tan hondo como esa expresión maciza, ajustada a la realidad —que perseguía desentrañar la ecuación naturaleza y sociedad— rigurosamente cortada y firmemente arraigada en los hechos, que caracteriza a la prosa de Wilkes y también a la de sus colegas marinos Herndon y Gibbon, diez años más tarde. Parece ese léxico una directa transposición poética de los versos coincidentes de Walt Whitman:

Grávigo de vida, ahora, compacto visible,
yo, a los cuarenta años de mi vida y a los ochenta y tres
de estos Estados,
me dirijo a alguien que vivirá dentro de un siglo o
en cualquier siglo futuro,
a ti, que aun no has nacido, buscándote.
Cuando leas esto, yo que soy ahora visible me habré
hecho invisible,

isla de Shetland del Sur y la Tierra de Palmer, en donde los hielos lo obligaron a volver hacia Chile y luego al Perú. Desde aquí se dirigió a la Polinesia en noviembre, en donde descubre nuevas islas que bautiza con los nombres de sus barcos: Vincennes, Porpoise, etc., para pasar a Australia, nueva base para explorar el Círculo Polar antártico. Después de un mes de descanso en Sidney, zarpa hacia el sur y explora por lo menos dos terceras partes del Círculo Polar entre las longitudes de Australia, Nueva Zelandia y América del Sur. Avista por primera vez un monte que bautiza con el nombre de Ringgold, apellido de uno de sus capitanes. Entre enero y febrero de 1840, realiza la más extensa exploración del Círculo Polar hasta su época y después de ella. Con justicia se ha bautizado una amplia zona de esas regiones antárticas con el nombre de "Tierra de Wilkes" (entre los 105° y los 155° de Longitud Este).

y tú compacto y visible, comprendiendo mis poemas, me
 buscarás,
 imaginándote cuán feliz serías si yo pudiera encontrarme
 a tu lado y convertirme en compañero tuyo.

Whitman, "el poeta de los espacios libres, del espíritu y de la tierra, cuya obra encierra el contenido interior de su época y de su país" —según Agustí Bartra—⁵, leyera o no la narración de Wilkes, coincide y conjuga plenamente con ella. Correspondía al mismo espíritu y adoptaba la misma actitud.

Henry D. Thoreau, el representativo y solitario escritor de los bosques de *Walden*, amigo de Emerson, que compuso su diario y meditaciones entre 1845 y 1847, tampoco pudo escapar del efecto de las noticias y relatos de las exploraciones de Wilkes, en su prospección metafísica, como lo consigna en estas palabras que hablan de su concepción de que cada hombre es el señor de un reino, mientras hay hombres que:

aman el suelo que les sirve de tumba, pero no tienen ninguna simpatía por el espíritu que podría animar su arcilla. . . ¿Cuál fue el significado —agrega Thoreau— de aquella Expedición Exploradora de los Mares del Sur, con todo su aparato y gastos, sino el indirecto reconocimiento del hecho de que hay continentes y mares en el mundo moral de los cuales cada hombre es un istmo o una entrada, todavía inexplorados por él, y de que es más fácil navegar muchos miles de millas, a través de fríos, tormentas y caníbales, en una nave del gobierno, con quinientos hombres y muchachos para ayudarlo a uno, que explorar el mar privado, el Atlántico y el Pacífico del ser de uno mismo?

Que vaguen y que escruten la remota Australia,
 Yo tengo más de Dios y ellos más de camino⁶

Así, en Whitman, Thoreau y ya veremos que también en Mark Twain y Melville, Wilkes y todos esos viajeros de la época, a quienes hoy se califica como "Los magníficos", han de tener una resonancia espiritual no sólo en el ensanchamiento del horizonte geográfico y dentro del dominio de la ciencia, sino aún más en la ampliación de la visión del mundo y del cosmos, en la exploración interior y profunda del ser. Los viajeros han puesto en evidencia

⁵ Agustí Bartra, "Prólogo" a su *Antología de la Poesía Norteamericana*, México, Editorial Galve, 1952.

⁶ Henry D. Thoreau, *Walden o la vida en los bosques*, Buenos Aires, Emecé, 1945, "Conclusión", p. 317.

que hay un mundo físico por descubrir y conquistar, pero los hombres de pensamiento interpretan que además existen también mundos espirituales dentro del mismo universalista.⁷

Lo que se había mirado primero como una zona de expansión económica o política —con naturales y pintorescas diferencias— será considerado al poco tiempo de otra manera por los viajeros de tierra adentro, en la segunda mitad del siglo. Una nueva actitud empieza a insinuarse ya en la breve excursión al interior del Perú de los naturalistas de la expedición de Wilkes y se define más claramente en el gran viaje amazónico de Herndon y Gibbon, no obstante su carácter de marinos arraigados a la costa. Comienzan a preocupar, dejando aparte el valor local y geográfico de puertos y caletas, problemas intrínsecos de esos países tan poco conocidos, en un afán de desentrañar el complejo de raza, paisaje y tradición popular, naturaleza y sociedad. A partir de mediados del siglo XIX, la ciencia afirma y unifica lo que el culto de lo pintoresco y anecdótico había contribuido a disgregar en parciales atisbos. El viajero científico tiende ahora a apartarse de consignas políticas o intereses económicos que habían propiciado sin duda su labor, y aunque esos intereses pretendan “dirigir” tales investigaciones, los encargados de efectuarlas, tomando aliento de libertad en la propia naturaleza de los pueblos del Sur, se rebelan interiormente contra ellos.

Así visto, el cuadro de vida americano se completa con esas investigaciones y el conocimiento del país profundo de América empieza a ser una realidad y un objetivo. Han coadyuvado a este fin los europeos, sin duda, como Frezier, La Condamine, Humboldt y Malaspina, en los finales del XVIII con su gran aparato científico, pero los viajeros norteamericanos lucen sentido práctico en cubrir con sus experiencias y recorridos áreas todavía no holladas y logran complementar así aquellos aportes primigenios. Surge así, a mediados del siglo, un nuevo tipo de investigador con rigor científico y con aliento universal.

⁷ Coincidente en el tiempo con la misión de Wilkes, fue otra obra de esa época, o sea el diario de navegación anónimo de la fragata de guerra “United States”: *Journal of a cruise on the Pacific Ocean, 1842-1844*, publicado y anotado por Charles R. Anderson, Durham, N. C., Duke University Press, 1937.